

Foto: Silvia Pappè

LO REAL ES LO POSIBLE ¿LO PROBABLE ES ...?

Silvia Pappe

"En un aspecto, sin embargo, el consejero cantonal se equivoca: el tiempo no sanará su crimen, mi espera no lo suavizará, mi borrachera no lo borrará, mi escritura no lo disculpará. Al describir la verdad, me la grabo en la memoria, me capacito para hacer, algún día en junio como dije, o en julio, o cuando él regrese (y regresará), en plena conciencia, borracho o sobrio, lo que quise hacer ahora, en el afecto solamente. Este reporte no es nada más la justificación, es también la preparación para un asesinato. Un asesinato justo (...) La justicia sólo se puede restablecer mediante un crimen." (*Justiz*, pp. 10-11, trad. sp.)

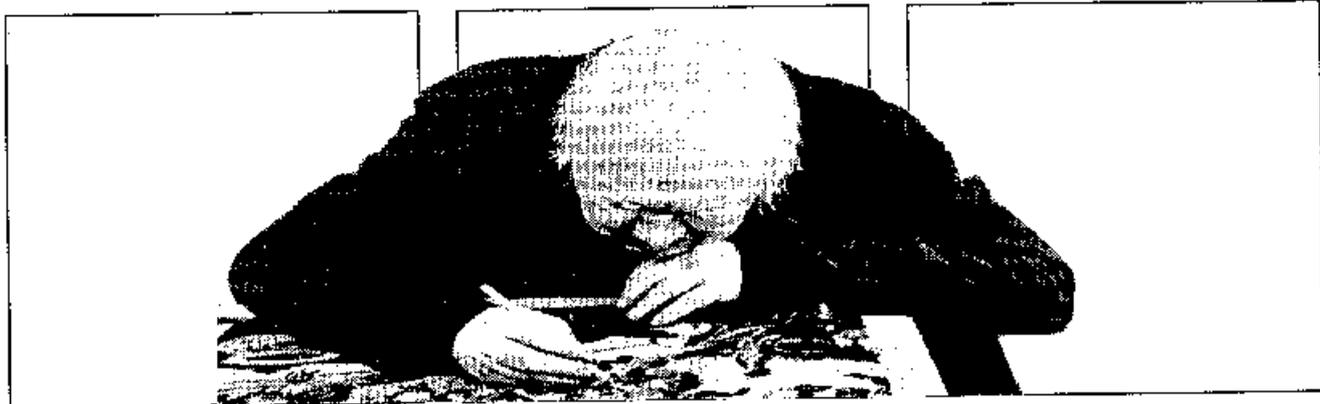
Esta cita pertenece a la que iba a ser la tercera novela policíaca de Friedrich Dürrenmatt, de estas novelas que empezó a escribir por encargo en los años cincuenta. Otro libro se interpuso, varios intentos de retomar la novela fracasaron, y sólo en 1985, a casi treinta años de haberla iniciado, Dürrenmatt acepta publicar el fragmento como tal, añadiéndole un capítulo principal. De este anexo surgió, finalmente, una versión nueva, reescritura ahora sí llevada a su fin —aunque seguramente este fin es distinto al previsto en 1957. *Justicia* juega, incluso en esta versión de la cual ya nadie sabe en qué se distingue de la primera, con varios elementos que sostienen también la construcción básica de la prime-

ra novela de la serie, *El juez y su verdugo*.

La necesidad de cometer un crimen para restablecer la justicia indica no sólo la fragilidad y la relatividad de las circunstancias, y lo verdadero que curiosamente no sólo *no* coincide con lo real, sino que casi siempre resulta ser de lo más subjetivo. La tarea del especialista consiste en encontrar y comprobar aquellos elementos que sostienen su teoría, dicho de otro modo, su verdad, pero además debe defender esta teoría ante teorías contrarias o simplemente diferentes ideadas por otros especialistas con intereses propios. Así, la verdad de un comisario de la policía es diferente a la verdad de un posible asesino, que es diferente a la verdad de un político o industrial interesado, que es diferente a la verdad incluso de otro policía, que es diferente a la verdad. En la búsqueda de esta verdad que se pretende comprobar como real, el especialista más hábil en-

contrará, entonces, maneras de engañar a los representantes de las demás verdades; sabrá despistarlos fingiendo que lo real, lo probable, lo posible no son lo posible, lo real, lo probable. Combinarán y arreglarán los hechos probables, posibles y reales de tal manera que alguna de las infinitas combinaciones resulte tan concreta que se pueda comprobar irrefutablemente.

Espero que por un instante estén lo suficientemente confundidos para que hayan perdido el sentido de realidad del cual pecamos en la vida cotidiana, pero que no debería obstaculizarnos al enfrentarnos a las novelas policíacas de uno de los dramaturgos y ensayistas más mañosos de la literatura suiza contemporánea. Volvamos, antes de adentrarnos en *El juez y su verdugo*, a la novela *Justicia*, ya que allí, el juego de enredos se juega aparentemente al revés. El hecho, el crimen, es claro: se trata de un asesinato ante una multitud de testigos que pueden identificar tanto al asesino, un político retirado y amplia cuando no internacionalmente conocido, como al asesinado, un profesor universitario de lengua y literatura alemana. No hay misterio, no hay pistas falsas, no



hay ni análisis ni combinaciones detectivescos. El problema empieza cuando el asesino juzgado está en la cárcel donde, dicho sea de paso, se siente inmensamente más feliz que afuera, ya que ahora puede llevar una vida más descansada y dedicar todo el tiempo a sus intereses más personales. Un capricho, al parecer, del feliz reo, irrumpe la felicidad de los demás:

el ex político le encarga a un joven abogado a retomar el caso bajo la premisa, completamente irreal, de que él no haya sido el asesino. Lo que empieza como broma, terminará con la liberación legal del asesino y, así lo anuncia al abogado arruinado en el reporte que se propone escribir, con su propia decisión de cometer un crimen: urge asesinar a su cliente para restablecer la justicia burlada.

Si bien es fundamental para el personaje, el abogado quien aún en medio de sus borracheras y la creciente corrupción quisiera creer en un sentido de la justicia, y para cuyo atrofiado sentido de moral no puede haber una vuelta tan absurda en un proceso criminal llevado en forma razonable y basado en hechos tan claros; si bien es fundamental, digo, este desenlace para el abogado, no lo es tanto para Dürrenmatt. Fundamental es el juego mismo, dirigido por el asesino desde la cárcel como si no se tratara sino de una partida de billar, de cuyas posibilidades combinatorias se muestra fasci-

nado. Los movimientos de los personajes son previsibles, calculables hasta el último detalle, y si se juega con exactitud, los diferentes niveles de lo probable, lo posible, lo real se borran para convertirse en uno solo: real es, a fin de cuentas, lo que dicta la voluntad del mejor jugador. Y esa realidad es, así lo quiere la voluntad del asesino confeso, una falsificación, a sabiendas de todos: realizada con tal habilidad, resulta imposible no sólo volver a liberarse de esta mentirosa verdad impuesta, sino incluso de no caer en ella como participante.

El poder, la capacidad de mover a los personajes implicados como uno quiere, con tal de lograr un fin personal—eso es lo que atrae al dramaturgo Dürrenmatt. Como sus personajes los jugadores (es decir los que mueven a los demás personajes como fichas más que como iguales), el autor padece de una infinita curiosidad por descubrir cómo reacciona cada quien bajo circunstancias dife-

rentes y con objetivos opuestos: trátase del asesino confeso y condenado que logra comprobar su inverosímil y falsa inocencia, o bien del comisario de policía que, para atrapar a un delincuente de toda la vida al que jamás se le puede comprobar nada, lo manda ajusticiar finalmente en secreto, en forma indirecta y por un crimen que no cometió.

El equilibrio que resulta, en forma de una oscura justicia, de un crimen y su correspondiente castigo, obviamente es importante, pero no necesariamente se debe producir a lo largo de una serie de hechos, acciones, investigaciones y persecuciones como en la novela policiaca tradicional. Aquí, los acontecimientos bien pueden llevar a lo contrario —la inocencia del asesino en *Justicia*, falsa aunque legalmente comprobada, es el mejor ejemplo. Pero entonces siempre habrá quien recurra a un golpe bajo, contrario a toda regla moral de quienes defienden la legalidad, aunque eso sí, en su nombre. Hay situaciones, lo decíamos al principio, donde "la justicia sólo se puede restablecer mediante un crimen".

Cuando ya no podemos confiar ni en las reglas, ni en la moral de una sociedad y sus defensores, tenemos que atenernos a los personajes: policías, delincuentes, ayudantes de unos y otros, representantes de intereses que trascienden los hechos (tanto criminales como justicieros) y, siempre, los que tratan de

aprovechar la situación para sus propias pequeñas. Los guardianes del orden, ya lo hemos mencionado, se encuentran en clara desventaja, ya que supuestamente deben moverse dentro de los límites que les impone la ley, para atrapar a aquellos que por su propio gusto se definen precisamente fuera de toda imposición social. La imagen de una araña que espera en el centro de su red a que se acerque la víctima, parece trillada, aún tomando en cuenta el riesgo de que esta víctima tenga el poder de destruir la red o de hacer caer a la araña en su propia trampa, como sucede en la novela más reciente de Dürrenmatt, *Durcheinandertal* (Valle entreverado):

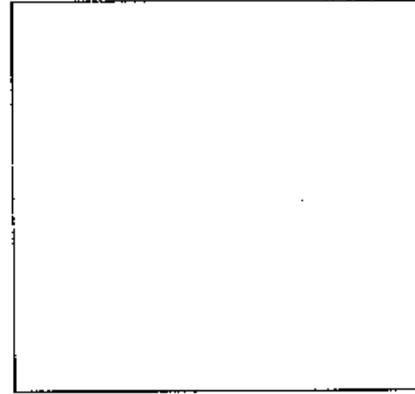
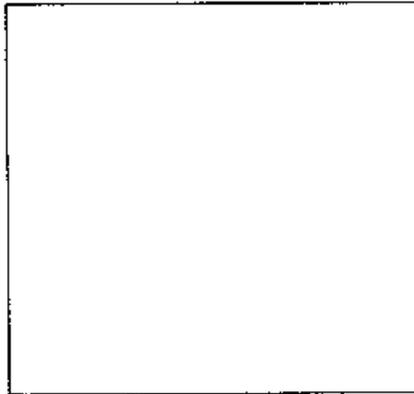
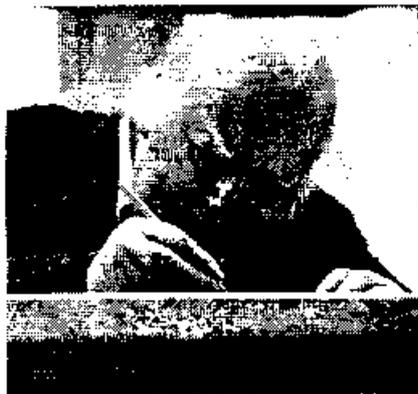
“Si Moses Melker no hubiera echado a un lado su encuentro con Uriel en Santa Mónica (en caso de que había sido Santa Mónica) y su extraña entrevista con Michael en el vuelo de regreso de Estados Unidos, habría reflexionado y quizás habría sentido que estaba cayendo en una red que no se había tejido por malicia, sino porque estaba en la naturaleza del Gran Anciano (en caso de que era el Gran Anciano) tejer tal red, simplemente lo tejía, así como estaba en la naturaleza de la araña hacer una telaraña sin pensar en una mosca determinada, simplemente en moscas, y en la naturaleza de Melker estaba caer en una red, así como las moscas caen en la telaraña, si por casualidad o por necesidad, era cuestión de parecer filosófico, era una cuestión de fe que no podía ser comprobada por nada.” *Durcheinandertal*, p. 47, trad. sp.)

Utilizo la imagen principalmente para ilustrar un detalle que se refiere al uso de acción y tiempo de cada uno de los personajes tipo o especialistas como los llamé al principio: el criminal es creativo y hábil, actúa de acuerdo a sus intereses, gustos, caprichos, y casi siempre en plena libertad. El policía, al contrario, está limitado a actuar dentro de los cánones que el criminal le impone, no puede actuar sino únicamente reaccionar, y su tarea termina una vez atrapado, convicto y confeso (o muerto) el adversario. La razón de ser del policía no es la

protección de la sociedad, sino la persecución del criminal. Sin criminal no hay policía: elemental. El delincuente, por otra parte, no depende en ningún momento del policía, cuando mucho debe cuidarse de él, es decir debe tomar en cuenta los intereses opuestos de aquel.

La tensión entre los dos especialistas (recordemos que Dürrenmatt es dramaturgo) surge por la comprensión y el uso tan diferentes de la actuación personal en el tiempo. El sentido de la acción policiaca es estático. Una vez logrado el objetivo, al haber comprobado la culpa de un criminal, la acción termina y el policía deja de ocupar un papel activo. Mientras, el sentido de la acción en el tiempo de un criminal es de continuidad, el crimen es una acción autónoma, independiente de las reacciones condicionadas del policía. El crimen, visto así, es un estilo de vida. Como el criminal se mueve fuera de la sociedad, en realidad no conoce enemigos sino únicamente circunstancias que puede aprovechar o de los que debe cuidarse dentro de un sistema cuya característica más agradable es que sirve perfectamente para tener bajo control a todos aquellos que no son delincuentes: la sociedad en general, sujeta torpemente a las reglas que se ha impuesto a sí misma, sin advertir que es precisamente eso lo que le impide controlar a aquellos otros que han optado por desenvolverse a expensas de la ley.

El ritmo, el sentido de acción y tiempo, el juego de quien burla las reglas y sus propios guardianes, se lucen por su sentido profundamente creativo. En comparación, los movimientos del comisario son torpes y se limitan a seguir cada maniobra del criminal, tratando de evitar algo que ya sucedió o, en el mejor de los casos, tratando de adivinar lo que sucederá próximamente para impedirlo. Acto generalmente fallido, ya que la creatividad de quien juega de acuerdo a sus propias reglas, se encuentra siempre por lo menos un paso más adelante que las intenciones de un ciego perseguidor. La justicia no puede actuar, está limitada a responder y, es más, está condicionada por quienes escogieron el papel activo y continuo del crimen que burla no sólo las leyes como hemos repetido infinidad de veces, sino también los límites de sentido común (por no decir corriente) entre lo posible, lo probable y



lo real. Lo posible se convierte fácilmente en real, y lo probable no tiene por qué no ser verdad inmediata: todo depende de la voluntad y la habilidad del criminal.

En *El juez y su verdugo*, el comisario de la policía Bärlach y el criminal que cuarenta años más tarde se llamará Gastmann, se conocen desde jóvenes; ya entonces, cada uno es especialista en su ramo, y cada uno dedicará su vida a esta su especialidad, siguiendo dos tesis opuestas que, borrachos ambos, defendieron alguna vez uno frente al otro, en una taberna judía a orillas del Bósforo.

"Tu tesis era que la imperfección humana, el hecho de que no podamos predecir con certeza la forma de actuar de los demás ni tampoco logremos que el azar, que interviene en todo, se integre en nuestros cálculos, es la causa que acaba sacando irremisiblemente a luz la mayoría de los crímenes. Dijiste que cometer un crimen era una estupidez porque es imposible mover a la gente como si fueran piezas de ajedrez. Yo, en cambio, sostuve la tesis, más por contradecirte que por convencimiento propio, de que precisamente lo intrincado de las relaciones humanas ofrecía la posibilidad de cometer crímenes que no pudieran ser descubiertos y, por ello, la gran mayoría de los delitos no solamente quedaban impunes, sino que ni siquiera llegaban a conocerse, como algo que ocurría en el mayor de los secretos." (*El juez y su verdugo*, pp. 95-96).

Esta escena, que para el lector ocurre pasada la mitad de la novela, en realidad es el inicio de dos pasiones que ocuparán toda la vida. De la borrachera y las

dos tesis defendidas surge una apuesta y, contrario a lo que se espera el joven policía, el otro la cumple: comete un asesinato, tirando a un comerciante al río y riéndose de paso de los vanos intentos de Bärlach de salvarle la vida, casi ahogándose él mismo.

"El crimen tuvo lugar un radiante día del verano turco, con una agradable brisa que soplaba desde el mar, en un puente muy concurrido y a la vista y paciencia de parejas de enamorados de la colonia europea, musulmanes y mendigos del lugar, y pese a todo no pudiste probarme nada. Me hiciste encarcelar en vano. Horas y horas de interrogatorios para nada. El tribunal creyó mi versión: suicidio del comerciante.

-Pudiste demostrar que el comerciante estaba al borde de la quiebra y había intentado salvarse mediante una estafa, admitió amargamente el viejo, más pálido que de costumbre.

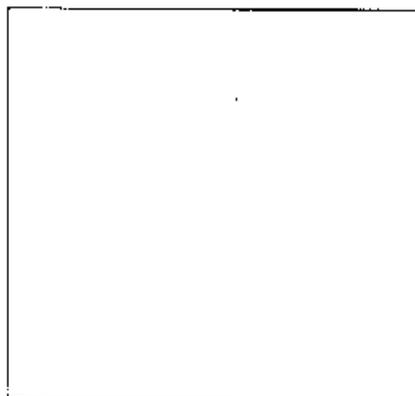
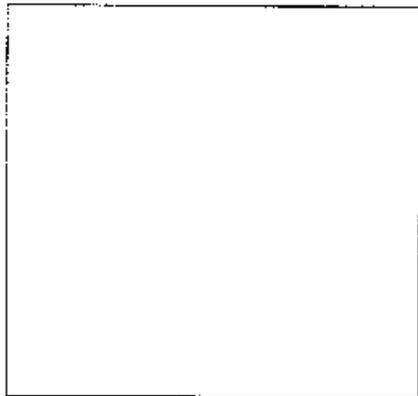
-Elegí mi víctima con sumo cuidado, amigo mío - dijo el otro, riéndose. " (*El juez y su verdugo*, p. 97)

Esta actitud, la habilidad, el conocimiento de las víctimas y sus circunstancias, y sobre todo el gusto por el juego, conducen a Gastmann a cometer, durante toda su vida, un crimen tras otro; podemos deducir que lo hace, no por último, para comprobar que él tenía razón al establecer su tesis. No sólo compueba que es mejor psicólogo, mejor conocedor de las debilidades, de las "intrincadas relaciones humanas", sino también que al seguir sus propias reglas, sí puede usar y mover a la gente como piezas de ajedrez -o como bolas de billar como

otro asesino en otra novela quien hará que sus propios adversarios naturales comprueben que no pudo haber cometido el crimen.

Pero sería tener poca confianza en la sutileza dramática de Dürrenmatt pensar que en *El juez y su verdugo* se tratara de los crímenes de Gastmann y de la persecución por Bärlach durante cuarenta años de vida dedicada a la especialidad de cada quien. Bärlach, al darse cuenta que le queda poca vida para atrapar a Gastmann (es viejo y no sabe si será el cáncer o la jubilación lo que lo vencerá primero), decide finalmente jugar el juego a manera del otro, es decir, haciendo caso omiso de las reglas comunes y las leyes que un comisario de la policía en la capital de Suiza debería tener en lo más alto de su altar oficial. Ahora también Bärlach empieza a usar a la gente como piezas de ajedrez, planeando -sobre la marcha muchas veces- las acciones de cada quien según lo permita su carácter.

Y Bärlach demuestra que sus habilidades psicológicas no dejan nada que desear en comparación con las del criminal perseguido. Cuando falla su intento (el último posible como cree) de comprobar algo en contra de Gastmann, a través de las informaciones de un joven policía introducido en secreto en casa de Gastmann, donde se reúnen, en un decente ambiente cultural, círculos internacionales de los grandes intereses



económicos de Suiza, Bärloch trama ahora sí la última (y primera) persecución en grande de su vida cual criminal de primera. Utiliza al verdadero asesino del joven policía-espía, aprovechándose de su miedo de ser descubierto a menos de que encuentre a un asesino sustituto, así como explota sus ambiciones. Convierte a este pequeño asesino en el arma mortal contra Gastmann quien ni siquiera puede haber asesinado al policía, si bien no le hayan faltado ni motivos ni ganas. Así, el por esta vez no-asesino termina ejecutado a causa de quizás el único crimen que no ha cometido.

Sin entrar más en detalles, queda claro que, a menos de que un policía como Bärloch pierda los escrúpulos, no podrá ganar a un criminal como Gastmann que ni siquiera se molesta por fijarse en la existencia de tales escrúpulos. El tramado de Bärloch, justamente criminal o criminalmente justo, no sería completo si no revelara finalmente al ahora doble asesino convertido en verdugo contra Gastmann, cómo, con qué destreza y con qué objetivos haya sido utilizado. Ante tal situación, el involuntario verdugo se decide por el suicidio; su ambición de policía moderno (porque es policía también) no se acopla al ritmo de los lentos pasitos de una carrera burocrática. Además no hubiera sido capaz de tolerar, es más ni siquiera de concebir que un policía de la vieja escuela, con

métodos obsoletos si se tomaba en cuenta la criminalística contemporánea, un policía tan enfermo como anticuado, se haya aprovechado de él hasta tal grado.

En esta malicia final por el bien de la justicia, Bärloch como carácter le permite a Dürrenmatt trenzar los elementos de la novela policíaca de acción con los de la psicológica. Ahora se borran definitivamente los límites entre los diferentes niveles mencionados de lo probable, lo real, lo posible. A Bärloch no le interesan los métodos de la criminalística moderna como se manejan en Chicago, de donde su jefe inmediato regresa absolutamente frustrado por la pequeñez no sólo de los métodos policíacos de Suiza, sino también por la de los crímenes. Dürrenmatt, por otra parte, aprovecha esta pequeñez para mostrar en sutiles comentarios y finas caracterizaciones que en Suiza, los crímenes grandes, cometidos por grupos de industriales por ejemplo, por políticos o influyentes, generalmente no se consideran como tales.

Si la intervención personal de un alto militar y político bastan para que el superior inmediato de Bärloch intente frenar la investigación en contra de Gastmann, simplemente por el tipo de personas que se reúnen en su casa y que representan intereses económico políticos quizás poco claros pero seguramente trascendentes -por eso la manera

secreta de manejarlos: la admiradísima criminalística moderna se derrumbe súbitamente. Bärloch, por su parte, parece no tener sensibilidad alguna para esta clase de sutilezas políticas: si finge respetarlas, es para atizar más aún la desesperación del asesino, quien teme perder la oportunidad de salvarse mediante la condena de Gastmann, convertido así en asesino sustituto. Bärloch se explica un poco más, esta vez en la novela *Der Verdacht* (*La sospecha*):

"Un criminalista tiene la obligación de cuestionar la realidad, contestó el viejo. Así es. En este punto tenemos que proceder exactamente como los filósofos, de quienes se dice que primero ponen todo en duda, y hasta después empiezan a ejercer su profesión, ideando las especulaciones más bellas acerca del arte de morir y de la vida después de la muerte, sólo que nosotros servimos quizás menos aún que ellos. Juntos hemos elaborado diversas tesis. Todas son posibles. Este es el primer paso. El siguiente consistirá en distinguir de las tesis posibles las probables. Lo posible y lo probable no son lo mismo; lo posible no tiene por qué ser lo probable. Por lo tanto, tenemos que analizar el grado de probabilidad de nuestras tesis." (*La sospecha*, p. 202, trad. sp.)

"Sólo te he comprobado la probabilidad de mis tesis. Pero lo probable aún no es lo real. Si digo que mañana probablemente llueva, no tiene por qué llover mañana. En este mundo, la idea no es idéntica a la verdad. Si así fuera, todo sería mucho más fácil, Samuel. Entre la idea y la realidad aún está la aventura de esta existencia, y Dios mediante, tenemos que someternos a ella." (*ibid.*, p. 210, trad. sp.)